

Los verdaderos placeres de la caza



"Avispa", perro "setter"

La caza es un arte y una ciencia. Y así como negamos el título de cazador al que no ve en ese arte sino el provecho, se lo rehusamos también á los que cifran todo su placer en la matanza, creyendo que la gloria principal consiste en que el exterminio sea lo mayor posible.

También son cazadores de pobre estilo los que sólo saben divertirse en colectividad. El placer de la caza es egoísta; requiere, si no la soledad, un amigo sólo ó dos á lo sumo. Exige una atención

¡Qué espectáculo entonces, cuando dispara! La perdiz cayendo rígida, inanizada, con una especie de gracia negligente que se abandona; ó bien herida, apenas, pero accusando el golpe y poseída de desfallecimiento, de una especie de temblor rápido, secreto, imperceptible, ó bien, todavía, gravemente herida y oscilando en la nube de plumas arrancadas, en su lento descenso, con la cabeza desesperadamente erguida, los ojos extraviados, mientras cae sobre un campo labrado de otoño, de un tono menos cálido que sus



"Reina Mab", perro "pointer"



Conejo retorciéndose bajo el plomo

demasiado sostenida y penetrante para poder ser practicada impunemente por muchachos. Necesita silencio y la conversación y la algaraza perturban su armonía.

El verdadero placer de la caza es la alegría profunda, vital, esencial, que todo hombre civilizado experimenta al sentirse un ser primitivo, en cuya conciencia no subsisten más que los instintos de la astucia, el atractivo de la conquista de la presa y los prodigiosos medios de exploración que el perro pone al servicio de su amo. Además, todas las facultades físicas son excitadas por la caza, que pide músculos de acero, rapidez de decisión, seguridad de mano y certero golpe de vista. Y sobre todo hay el placer incomparable para un buen aficionado de cazar con perros que separan su obligación y la desempeñan con maestría y elegancia, levantando, por ejemplo, una bandada de perdices en el momento preciso, ni antes ni después.

alas y con la cola desplegada en abanico. El faisán espléndido elevándose hacia la inmensidad ó arrastrado por su arranque en un vuelo muerto de imponente majestad, cayendo después inerte entre las hierbas muertas, de un amarillo menos naranjado que su pechuga... La liebre, en fin, ó el conejo, derribados por el plomo, replegados sobre sí mismos, "haciendo el manguito" y semejantes a equilibristas poseídos de un vértigo...

Un instante después, verás la presa soberbia levantada por vuestro infalible pe-



Perdiz herida

